



Rompecabezas y otros relatos, de Raúl Falcó

Julián Robles

SI COMIENZO A ABURRIRLOS NO ME CULPEN. Este panegírico fue originalmente concebido para una presentación literaria, eventos casi siempre soporíferos a los que sólo acuden unos cuantos incautos, la mayoría por compromiso. El formato es el mismo: el autor de un libro le pide a un par de colegas su comparecencia en un recinto cultural para hablar ante el público con absoluta libertad siempre y cuando sea objeto de los debidos elogios. El presentador, entonces, puede elegir entre dos maneras de quedar bien: describir al personaje haciendo hincapié en las cualidades intelectuales que motivaron al susodicho a engendrar su *opus magnum*, aderezando el tema con alguna anécdota que provoque la risa de los presentes; u olvidarse del vínculo entre ellos y destacar la prosa elegante, la erudición de un orfebre del lenguaje, dueño de una voz inconfundible, que ha escrito un libro llamado a ocupar un lugar esencial en nuestras letras, y aquí es donde, tras un par de citas y algunas célebres comparaciones, el anfitrión sonríe complacido ante el aplauso del respetable antes de desmentir los halagos leyendo un fragmento de su obra.

Hace unas semanas, cuando fui invitado junto a Mario Bellatin a presentar *Rompecabezas y otros relatos*, de Raúl Falcó, ambas posibilidades me rondaron por la cabeza. Describir a un personaje de las características de Falcó sin duda hubiera resultado un enorme divertimento y una guía clara del porqué de muchos de sus cuentos; sin embargo, corría el riesgo de que más de una persona con mala leche y amplia experiencia en esa clase de ceremonias hubiese pensado que prefería hablar de él para no referirme a su libro. La otra opción era ponerle calificativos al manuscrito



Imágenes: Thinkstock



y pretender que nadie sospecharía de la parcialidad de mi criterio por el simple hecho de estar sentado en la misma mesa que él, como si fuéramos una par de desconocidos y yo un eremita de la literatura lanzando peroratas desde mi endeble pedestal.

Hablar bien de la obra de un amigo es un arma de dos filos. Por más adjetivos y requiebros que se utilizan, casi siempre el ojo crítico termina nublado por el afecto. En vez de asumir la postura de un pretencioso ensayista o representar el papel de un ingenioso palero, los mejores comentarios que podría hacer sobre el libro de Raúl Falcó sólo pueden provenir desde la perspectiva de una persona común y corriente que resume su experiencia de lector, como si en lugar de escribir una reseña destinada a la autocomplacencia de una reducida camarilla fuera una viejita compartiendo sus impresiones ante sus congéneres en un club de lectura.

Como las pizzas, el libro de Raúl Falcó es 2 x 1. Contiene dos recopilaciones de cuentos de sabores distintos, por lo cual no pude elegir al azar el orden de los mismos y me obligó a respetar el índice, cosa que por extraña razón nadie acostumbra. Al finalizar el primero de los relatos, “La espera”, pronto comencé a sospechar que detrás de esa historia de aparente simplicidad había un elaborado mecanismo para jugar con los puntos de vista y recordarnos que hay una

pluma detrás de la primera persona que narra el cuento, un autor sin limitaciones de estilo y propenso a los juegos. Aparece y desaparece como personaje; mezcla narradores y estilos; revela a veces algunas de sus influencias y trata de ocultar otras

para no destapar la caja de pandora; y en ocasiones pasa de un párrafo a otro del realismo absoluto a la fantasía desbocada. Como dice su entrañable álgter ego de este cuento “Hace tiempo que se han agotado mis temas y que ha dejado de complacerme repetirlos”.

Por ejemplo, en “El toreo boca arriba”, que cierra este primer compendio de relatos, un famoso y extravagante torero de finales y principios de siglo no sólo se convierte en personaje literario sino en un mito griego. Teseo encarna en José de Jesús “El Glison” y junto a las referencias a Manolete y Paquirri aparecen el rey Minos y Dédalo en un amasijo de géneros sorprendente capaz de llamar la atención incluso de quienes aborrecen de la tauromaquia. Me pregunto qué pensará “El Glison” cuando descubra que gracias a la imaginación de un escritor sus excentricidades en el ruedo resultan un juego de niños junto a los lances en la ficción y la mitología que Raúl lo obliga a capotear.

Entre un cuento y otro hay varios textos que, como el título de uno de ellos, dan la idea de un rompecabezas donde cada pieza no parece tener relación. No significa, sin embargo, que estén completamente disociados, pues puede deberse al idiota que los arma e intenta hallarles la cuadratura como un borracho incapaz de encajar la llave incorrecta en la cerradura. Por fortuna, sucede lo contrario en “El fantasma de la ópera”, segunda recopilación de este volumen en la cual


todas las historias comparten un tema en común, al cual Falcó ha estado íntimamente ligado como funcionario, músico y director de escena: la ópera en México.

Desde las primeras líneas de “La ópera invita”, Raúl Falcó muestra claramente que su intención no es pararse el cuello sino bajarle los pantalones a ese mundillo que tanto conoce, tal vez el más pedante y snob de los que conforman el microcosmos de la cultura mexicana (que ya es mucho decir), poblado de figuras grotescas, seres abominables y cómicos involuntarios a quienes él retrata con conocimiento de causa y adorable mala saña. Reproduzco aquí el párrafo inicial:

Como es sabido de todos los adeptos a la ópera, asistir a una función al Palacio de Bellas Artes no sólo consiste en ser parte de un ritual ancestral que exalta la repetición de lo conocido y repudia la innovación, tanto en el repertorio como en la manera de presentarlo. También forma parte del mismo encontrarse con otros consuetudinarios adeptos, antes del espectáculo, pero, sobre todo, en los intermedios entre los actos y al final de la función, para comentarlo todo.

Incluyendo los chismes del gremio, que en lugar de compartir este libro ridiculiza. No es una crónica de los intríngulis del medio, sino un homenaje cariñoso y lleno de humor donde por primera vez las referencias a la coloratura de una soprano carecen de cualquier pretensión erudita. Quienes cierran los ojos en el clímax de una ópera para disfrutar la exquisitez de las notas que reproduce la orquesta en el foso, seguramente no aprobarán la franqueza con la cual se habla aquí de las obras de Puccini o Massenet, despojadas de su aura romántica.

El encanto que me produjeron los cuentos de esta segunda recopilación, especialmente “Las pesquisas de Facundo Irabién”, que hasta ese momento de la lectura consideraba el mejor relato de todos, se transformó

luego en franca admiración cuando me topé (y no pude soltar como dicta el lugar común hasta que lo terminé en la madrugada) con “El fantasma de la ópera”, que en estricto sentido es una novela de acuerdo a los cánones de E.M. Forster; o novellette, según la llaman los franceses cuando tiene una extensión intermedia entre el cuento y la novela. Sea una cosa o la otra es un texto que bien podría publicarse de manera independiente, y el cual no vale la pena arruinar contando la anécdota, pues el gran goce consiste en ir descubriendo poco a poco, junto a su inolvidable personaje, la retorcida trama que sólo una mente muy afilada, perversa e imaginativa es capaz de producir. El verdadero fantasma de la ópera, ese espíritu chocarrero, cínico y malicioso dispuesto a aparecerse en el momento menos propicio para estropear el fatuo glamour del *bel canto*, quizá no sea como lo imaginamos. 



Raúl Falcó
Rompecabezas y otros relatos
México, UAM
2013